



JAMFRY AUTOBIOGRAFÍA
RICARDO CAVOLO

JAMFRY AUTOBIOGRAFÍA
RICARDO. CAVOLO


LUNWERG
EDITORES

© Ricardo Cavolo, 2019
www.ricardocavolo.com

© de las cartas de las pp. 13-21 y 88-91, Álvaro García-Miguel, 2019

© de la carta de las pp. 23-24, Maria Herreros, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019
Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Josefa Valcárcel, 42 – 28027 Madrid
lunweg@lunweg.com
www.lunweg.com
www.facebook.com/lunweg
http://twitter.com/Lunwegfoto

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-17560-75-1
Depósito legal: B-26.823-2018
Imprime: Talleres Gráficos Soler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



De cuando nació tras una gran helada nocturna

Nací el último día del primer mes de 1982. En Salamanca, eso significa estar casi bajo cero, cuando nieva o está a punto de hacerlo. Soy hijo del invierno, y lo noto. El calor me gusta (o al menos lo soporto), pero con el frío me siento vivo y activo. Y llegué al mundo al mediodía; por eso creo que soy alguien solar, lleno de energía por las mañanas. En cuanto se va el sol, me apago.

Nací en Salamanca, pero en ese momento mis padres vivían en El Raso, una aldea de diez casas en la sierra de Gredos a la que volvimos después de mi nacimiento.

Evidentemente, de mi estancia allí no recuerdo nada. Pero quiero creer que desde entonces guardo cierta conexión con esas montañas y bosques. Me asigno una pertenencia a ese hábitat, como si hubiese vivido siempre allí. Más tarde he sabido que esa conexión es algo real y palpable. Fui bautizado por un grupo de muflones una noche, mientras mis padres dormían. Me transportaron con sumo cuidado hasta la cima de un monte cercano y, a la luz de la luna llena, me colocaron una pequeña corona de ramas de tomillo y me bañaron en leche de cabra montesa para consumar el hermanamiento con ellos y esas montañas. De hecho, cada vez que he vuelto a Gredos he visto asomarse la testa con cornamenta de alguno de mis muflones guardianes, que me da la bienvenida y me hace sentir protegido.

Años más tarde fui visitando Gredos con mi padre de vez en cuando. Cuando estábamos por el monte, me concentraba en parecer superágil, y saltaba de piedra

en piedra para emular a mis hermanas las cabras montesas. Era como un joven chamán poseído por el espíritu de un muflón, y hacía una constante demostración de mis dotes delante de mi padre.

Sé que en El Raso vivíamos en condiciones más bien primitivas. Pero también sé que en ningún momento me faltó de nada. Al contrario, tuve el mejor inicio posible: en el monte, sin civilización.

En su carta, mi padre ya cuenta un poco el estilo de vida nómada que llevó antes de llegar a estas montañas. Creo que se me ha pegado algo de eso.



El *Conan*, mi protector en las montañas

Allí en El Raso teníamos un perro, el *Conan*. Mi padre ha sido siempre un ávido lector de los cómics de Conan el Bárbaro (como luego lo fui yo) y creo que quiso hacer su propio tributo a este personaje usando su nombre para nuestro gigante pastor alemán. El *Conan* fue mi guerrero guardián. Se tumbaba a los pies de mi cuna y allí hacía incansables guardias. Si alguien que no fuera mis padres osaba acercarse, él se levantaba sobre sus patas traseras y, como si de un gran oso pardo se tratase, se ponía en actitud amenazante hasta que expulsaba al cartero o a la vecina de turno. Una vez me salvó de un jaguar que estuvo merodeando alrededor de nuestra casa durante varios días. Cuando el felino se decidió a atacar, el *Conan* saltó delante de él con tal energía y soltó un ladrido tan fuerte que temblaron todas las montañas de la sierra. El jaguar perdió su color del susto y huyó hacia el bosque.

El *Conan* fue mi *Fújur* particular. Por las noches me sacaba de la cuna con mucho cuidado, me montaba en sus lanudos lomos y viajábamos por este y otros mundos surcando los cielos coronados, a veces con una, dos, tres o cinco lunas.

Agarrado al pelaje del *Conan* he visto paisajes imposibles, dimensiones desconocidas y parajes secretos.



Cuando mis padres llegaron a esta casa por primera vez, estaba habitada por un sapo. Se lo recuerda gigante, como de dos metros, y con unos ojos que desprendían fuego. Una noche, al descubrir que su casa tenía nuevos inquilinos, preparó un ataque para expulsarnos. Pero mi padre, a lomos del *Conan* y blandiendo una larga estaca de madera, logró matarlo.



El castillo de Tejares

Después de Gredos nos fuimos a Tejares, que era un pueblo situado al lado de Salamanca. En realidad, ya era más como un barrio de la ciudad, pero aún seguía teniendo ese halo de pueblo pequeño.

Allí mi tío abuelo tenía una pequeña fábrica de tapones de goma para los botes de medicamentos de entonces, que eran de cristal, y esta era nuestra nueva casa. Era un hogar increíble, con muchos espacios diferentes. En cuestión de semanas, se convirtió en un estudio total. Las únicas estancias que no eran zona de trabajo o estaban libres de materiales eran mi dormitorio y la cocina. Todo lo demás se transformó en una especie de castillo encantado destinado al arte y la creación. Había zonas de dibujo y para hacer serigrafía, un taller de madera e incluso un cuarto oscuro para revelar fotografía.

En ese cuarto oscuro, por cierto, era donde se escondía mi amigo invisible Charlie Chaplin. Siempre tuve mucha suerte con los amigos invisibles, pero Chaplin se llevaba la palma. ¡Cómo nos lo pasábamos! ¡Cuánto me ha hecho reír!

La casa era un edificio antiguo y estaba casi en el campo, así que albergaba más vida animal además de la nuestra. Pero nada de lo que asustarse. Arañas patilargas, a las que convertí en mi particular ejército de hadas, y algún escarabajo pelotero o zapatero que captaba mi atención desde que aparecía hasta que desaparecía por alguna grieta de la pared con su torpe andar.



En esa época fui a una guardería que había a medio camino entre Tejares y Salamanca. Mi único recuerdo de ese sitio es que al empezar el día había que rezar un padrenuestro. Mis padres son ateos, y yo no iba a ser diferente, así que no tenía ni idea de rezar. Decidí mover los labios sin decir nada coherente, para ver si colaba. Y coló durante un tiempo, pero un día me pillaron y no les debí de sentar muy bien, porque me castigaron y tuve que salir de la clase y esperar en el pasillo. En ese pasillo desierto y mudo, miraba el techo esperando una mínima señal de ese tal Dios, a ver si también por su parte había algún tipo de reprobación. Nada, ni un parpadeo en el tubo de neón a modo de señal divina. Así que decidí montarme en una especie de cochecito a pedales que había para los recreos e invertí la libertad de no tener religión echando una carrera contra el Juicio Final en ese pasillo, que en mi mente parecía un circuito de Fórmula 1.

En Tejares estuvimos juntos mi madre, mi padre y yo poco tiempo. Cuando tenía tres años, mis padres se divorciaron. Por lo que me han contado, decidieron acabar con la relación antes de que todo se embarrase, a sabiendas de que yo estaba en el medio. Siempre les agradeceré mucho que fueran tan responsables. Ser hijo de padres divorciados ya trae alguna que otra consecuencia desagradable para el resto de la vida. Si encima hubiese vivido una guerra abierta entre ambas partes, los daños colaterales a corto y largo plazo habrían sido infinitamente mayores.

La calle donde enormes piedras rodaban cuesta abajo

Cuando mis padres se divorciaron, mi madre se fue a vivir al centro de Salamanca. La calle de la Cuesta no tenía salida y estaba atrapada en otra calle, famosa para salir por la noche. Estábamos en pleno centro, a un minuto de la plaza Mayor y a medio de la Gran Vía.

Mi padre se quedó en Tejares, en el castillo encantado.

En ese momento se estableció mi plan de vida para la infancia. De lunes a viernes estaría con mi madre. Los fines de semana, con mi padre.

Entre semana, si no estaba en el colegio, normalmente pasaba el resto del tiempo en casa.

Mi habitación era un santuario lleno de juguetes, cómics y libros que aún no podía leer. Solía usarla por las noches, cuando mi madre me mandaba a la cama (demasiado pronto, a mi parecer) y yo, linterna en mano, daba rienda suelta a mis aventuras, entre pilas de libros, playmobils en cada rincón, dinosaurios de plástico y más libros.

Me acuerdo de que había zonas de las paredes con dibujos hechos con pinturas Plastidector, emulando las cuevas de Altamira. Y también había agujeros que hacía con saliva porque me comía las paredes, como Amaranta cuando se comía la tierra a puñados en *Cien años de soledad*.

Para tapar aquellos desarreglos, empecé a poner pósteres. Recuerdo que lo primero que colgué fueron unas fotos de Claudia Schiffer. La verdad es que ni siquiera tenía muy claro por qué ella, pero allí estaba, en mi pared. Al poco tiempo descubrí unas fotos de Laetitia Casta en *El País Semanal*. ¡Eso era lo que a mí me gustaba! A ella sí me gustaba verla desde la cama. Enseguida me deshice de las fotos de la Schiffer y puse las de la Casta, una mujer con curvas y una belleza que me parecía insuperable.

Aún de niño, a partir de *La familia Addams* descubrí a Christina Ricci, que también encontró un hueco en mi pared. Ya se iba formando una pared más realista con mis gustos.

Es increíble cómo, por convención social, las primeras fotos de chicas que colgué en mi habitación coincidían con los gustos generales de la sociedad: una mujer rubia, de facciones medio nórdicas y con la piel blanquita. Y no colgué esas fotos porque ese canon de belleza me atrajese de alguna manera, sino por tratar de encajar en la sociedad, incluso de una forma tan patética como esa. Nadie entraba en mi habitación salvo mi madre o yo; nunca vino ni un solo amigo a casa. Por tanto, nadie iba a ver que, gracias a mis gustos en materia de chicas, yo encajaba.

Me sentí mucho más identificado y atraído por alguien como Laetitia Casta, que en aquel momento se dio a conocer porque era la modelo que se salía un poco del *establishment*, por aquello de tener algo más de curvas y de peso. Christina Ricci, por aquel entonces, era la niña rarita de Hollywood, algo que también encajaba mucho más en mi vida.

En realidad, todo eso sucedió sin que yo fuera consciente de ello. Me llevó bastante tiempo descubrir y asumir que mis gustos en lo que se refiere a las chicas difieren considerablemente del ideal más extendido.

Terminé de adornar las paredes con un póster de *Pulp Fiction*, alguna foto de la plantilla del Barça, un mapa de la Tierra Media de *El señor de los anillos*, algunas portadas de cómics de Conan el Bárbaro y algunos cuadros de mi padre y mi madre.





Recuerdo que una vez invertí todo el día en preparar mi habitación al estilo del tren de la bruja de las ferias. Hice un recorrido laberíntico con pilas de libros, y del techo colgaban unos hilos para que alguien se asustase cuando le tocasen la cara a oscuras. Para ambientar la escena, había grabado una cinta con gritos fantasmagóricos que sonaban a todo volumen. Incluso preparé una silla en la que coloqué unos palillos en posición vertical para que al sentarse la gente se pinchara. Realmente lo divertido fue pasar el día entero construyendo todo aquello, porque el resultado no acababa de cumplir mis expectativas.

Me recuerdo esperando a que mi padre viniera a recogerme los sábados por la mañana para pasar con él el fin de semana. Solía llegar cuando en La 2 de TVE ponían un episodio de *El hombre y la Tierra*, de Félix Rodríguez de la Fuente. Así que cuando sonaba esa mítica sintonía sabía que mi padre estaba al caer.

De más mayor, podía ir solo a casa de mi padre. Los viernes iba al colegio con una mochila más grande de lo normal, para meter los libros, mi ropa y otras cosas para el fin de semana. Me acuerdo perfectamente de la mochila, azul y amarilla,



de la marca Serval y con el dibujo de la cabeza del serval, un felino similar al guepardo, en la parte inferior.

Esta mochila era como el mejor uniforme militar repleto de medallas y condecoraciones. Significaba que ya era lo bastante mayor como para ir solo en autobús desde mi colegio hasta Tejares. Todos los viernes en el colegio presumía de trofeo y libertad, y en las caras de mis compañeros había una mezcla de envidia y compasión (o lo más cercano a la compasión que puede sentir un niño de ocho años).

Pero esa mochila me aportaba una dosis demasiado alta de fuerza y autosuficiencia como para amargarme por unas malas caras.

Los viernes por la tarde, al salir del colegio, había todo un caminito hecho con pétalos de flores desde la salida del edificio hasta la parada del autobús para ir a Tejares. El conductor siempre era el mismo y, lo creáis o no, tenía cabeza de rinoceronte. Era muy amable conmigo y me hacía sentir genial, porque siempre me han fascinado los rinocerontes. Que el conductor fuera un perfecto híbrido entre el animal y el ser humano era todo un detalle.



Cuando me sentaba, siempre en el asiento del fondo, miraba por la ventana. Desde que el bus se ponía en marcha hasta que llegábamos a Tejares, una bandada de milanos nos escoltaba. Era precioso, porque, al tiempo que cumplían con su labor, disfrutaban de su vuelo haciendo constantes recortes y acrobacias en el aire justo antes de chocarse entre ellos. Era como estar en primera fila del mejor circo posible.

Cuando el autobús llegaba a Tejares, yo me bajaba y desaparecían todos los milanos menos uno, que me seguía desde muy alto para asegurarse de que llegaba bien a casa. Y desde esa parada del autobús hasta la puerta de la casa de mi padre (en la calle Mediodía), se dibujaba un paseo precioso entre los árboles que se cruzaban en la parte alta, creando un túnel de ramas que parecía sacado de un cuento de hadas.

Nunca les agradecí a mis padres que cuidasen con tanto mimo mi camino de los viernes para que fuese tan bonito e interesante. Creo que se tomaron demasiadas molestias, pero entiendo que quisieran que la transición de saltar de una casa a otra fuese lo más amena posible. Pues muchas gracias, hicisteis un gran trabajo. Por cierto, ¿de dónde sacasteis a un conductor con cabeza de rinoceronte?









Divorcio

No sé si noté el cambio cuando mis padres se divorciaron. Tenía solo tres años, y supongo que, al ser tan pequeño, me adapté a la nueva situación con cierta normalidad.

Sí sé que, años después, tuve una época más guerrera y salvaje. Y creo que fue porque me di cuenta de la situación de manera más profunda. Quizá fue porque comparé mi situación familiar con la de mis compañeros del colegio. En los años ochenta, ser hijo de padres divorciados aún no estaba tan extendido, y mucho menos en una ciudad como Salamanca.

Hubo un episodio que alertó un poco a la gente mayor: la vez que rompí de una patada una puerta del colegio. En realidad, solo estábamos jugando a llegar el primero a clase tras el recreo. Para ser más dinámico, decidí abrir la puerta con el pie. Se hizo un boquete muy interesante a través del cual se veía el otro lado del aula. Los adultos se lo tomaron como si hubiera cometido un acto de ira casi homicida, aunque solo fue el resultado de la emoción de la carrera. Como quería llegar el primero, lo más rápido era abrir la puerta de una patada. Fue un acto reflejo para ganar la carrera; no estaba descargando mi supuesta ira infantil por lo que me hubiera pasado en la vida. Pero eso no es lo que pensó la bancada adulta.

A veces, lo que les sucede a los niños no sigue una pauta concreta; a veces, las cosas suceden sin más. Sin traumas.

En clase se propuso una recogida de pegatinas por parte de todos para tapar el boquete. Luego pusimos algunas más alrededor, como para disimular el incidente de la puerta.

Por otro lado, el colegio llamó a mis padres para hablar de lo que había ocurrido. Se decidió algo que hoy por hoy me suena muy cómico: algunas tardes a la semana había que llevar al niño al campo para que se desfagara. De repente, me vi a mí mismo como un animal semisalvaje al que había que sacar de paseo. Confieso que me gustó.

Y así hicimos: mi padre empezó a sacarme al campo los martes y jueves por la tarde para que mi animal interior se desbravara. La verdad es que lo recuerdo como una época muy divertida. Encontramos un sitio algo extraño a las afueras de Salamanca. A simple vista no había más que unas lomas más bien aburridas y algún que otro árbol. Pero mi padre y yo descubrimos una zona en concreto donde hacía más calor de lo normal, y, de pronto, estábamos en un sitio totalmente diferente. La orografía del terreno era la misma, pero estaba llena de zonas acotadas por pequeños banderines e hilos que los conectaban. Me asomé a una de esas zonas acotadas y, ¡no me lo podía creer!, habían excavado unos dos metros y se intuía perfectamente el esqueleto de un *Triceratops*. Estaban casi todas las piezas del dinosaurio y, por supuesto, la composición ósea estaba coronada por ese glorioso cráneo con los cuernos y esa forma tan característica. Era como un sueño. Desde muy pequeño estuve muy obsesionado con los dinosaurios. Me sabía todas las especies y subespecies, las peculiaridades de cada uno, los nombres en latín... Y este campo estaba plagado de zonas acotadas con restos de dinosaurios. ¡Incluso había un *Archaeopteryx*!

Lo que había empezado como un castigo se había convertido en una experiencia única.

Mi padre y yo decidimos que no iba a pasar nada si cogíamos un hueso cada día que fuésemos allí a «desfogarme». Creo que él aún guarda alguno.

Siempre he defendido que el divorcio de mis padres cuando yo era tan pequeño no ha supuesto ningún problema. Y lo mantengo. Creo que los problemas reales habrían surgido si ellos hubieran mantenido una relación muerta y yo hubiera crecido en ese entorno.

Es innegable que ser hijo de divorciados desde los tres años añade alguna piedra a la mochila. Sin embargo, es algo de lo que no me he dado cuenta hasta mucho más tarde. La principal piedra es la necesidad de formar una familia con muchos miembros. Es como si la falta de unión que había en aquel momento tuviera que suplirla ahora con una fiesta constante de familia numerosa.

